

Inestabilidad política en la región de los Grandes Lagos

Tshimpanga Matala Kabangu*

Los elementos de la crisis

LA región de los Grandes Lagos formada generalmente por Zaire, Ruanda y Burundi, países a los que se suele añadir también Tanzania y Uganda, está atravesando una crisis sociopolítica que puede desembocar en un conflicto de gran magnitud difícil de controlar si no se buscan con urgencia soluciones eficaces y duraderas. Los problemas políticos internos de cada uno de estos países no deben interpretarse profundizando únicamente en las causas y consecuencias internas, sino también analizando las repercusiones en la región sin olvidarse de estudiar las implicaciones de los países vecinos y la parte de responsabilidad de los gobiernos extranjeros.

* Doctor en Ciencias Políticas. Profesor de Universidad.

En la región de los Grandes Lagos, dos países –Ruanda y Burundi–, han compartido una misma experiencia histórica por dos razones principales: una idéntica configuración étnica (85 por 100 de hutus, 14 por 100 de tutsis y 1 por 100 de twas tanto en Ruanda como en Burundi), y un mismo colonizador: Bélgica.

Después de la Primera Guerra Mundial, Ruanda y Burundi dejaron de ser una colonia alemana pasando a quedar bajo administración belga. La política de administración indirecta aplicada por el colonizador dejaba la ejecución de importantes decisiones en manos de los monarcas tutsis. Para atraerse la simpatía de la dinastía tutsi en el poder en Ruanda y Burundi, los belgas concedieron mejores oportunidades a los tutsis en detrimento de los hutus. Las mejores escuelas, los importantes puestos administrativos..., estaban reservados a los tutsis.

Por otra parte, la recaudación de impuestos, a veces, con métodos duros e inhumanos, los trabajos forzados impuestos por el colonizador a la población autóctona mayoritariamente hutu, utilizando la autoridad local tutsi, fueron provocando paulatinamente fisuras en la sociedad. Los hutus fueron tomando conciencia de su explotación. En la memoria colectiva de los campesinos hutus, las exacciones impuestas a sus padres durante la colonización son imputables no sólo al colonizador, sino también a los jefes tutsis que actuaron en complicidad.

En 1957, los hutus elaboraron un texto, «Manifiesto de Bahutu», en el que denunciaban el dominio político, económico, social y cultural tutsi, buscando medios para poner fin a este grave desequilibrio. El Partido del Movimiento de Emancipación Hutu (PARMEHUTU) se reforzó con las ideas de ese Manifiesto. El largo dominio político tutsi se terminó con el referéndum del 28 de enero de 1961 que decidió la abolición de la monarquía. El 1 de julio de 1962, Ruanda accedió a su soberanía internacional al tiempo que la llegada del PARMEHUTU al poder bajo mando de Grégoire Kayibanda causó frustraciones en la minoría tutsi.

En 1963, estalló la guerra civil que provocó miles de refugiados en los países fronterizos. Son varios los tutsis que emigraron hacia Uganda, Burundi y Zaire. La desconfianza en las autoridades políticas, la inseguridad y la incertidumbre caracterizaban el poder de Kayibanda en Ruanda y alimentaban cada día las tensiones sociales. Ante la amenaza de un nuevo estallido de guerra civil, Kayibanda fue derrocado el 5 de julio de 1973 por el coronel Juvenal Habyarimana, quien disolvió el PARMEHUTU creando su Partido único: el Movimiento Revolucionario Nacional para el Desarrollo (MRND). Ese cambio de orientación política no supuso una solución al anta-

gonismo entre hutus y tutsis. En 1987, se creaba en Uganda una oposición armada agrupada en torno al Frente Patriótico Ruandés (FPR) con el objetivo de reconquistar el poder. En 1991, se produjeron serios enfrentamientos en la frontera con Uganda entre el FPR y el Ejército ruandés, que pudo atajar los ataques con la ayuda de refuerzos franceses.

El 7 de abril de 1994, Ruanda está sumergida en una guerra después de que fuera asesinado un día antes su presidente Juvenal Habyarimana. Esta guerra, que se terminó con la victoria del FPR que gobierna actualmente el país, dejó un balance de miles de muertos y de refugiados mayoritariamente hutus, dispersos en los países fronterizos entre los que destaca Zaire que acogió no sólo a estos refugiados, sino también a los soldados de las tropas gubernamentales que perdieron la guerra. Esta actuación fue facilitada por la famosa «Operación Turquesa» lanzada por Francia con el objetivo de crear una «zona de Seguridad Humanitaria» en el Este de Zaire.

Unido con Ruanda en su trayectoria histórica, Burundi logró su independencia en 1962, quedando bajo el mando de la monarquía tutsi posteriormente apartada del poder tras el golpe de Estado de noviembre de 1966 encabezado por Michel Michombero, otro tutsi, quien proclamó la República. El nuevo presidente de Burundi inició una campaña de limpieza étnica eliminando a miles de hutus y reforzando las bases de la «Unión para el Progreso Nacional» (UPRONA), único partido político reconocido con una base mayoritariamente tutsi.

En 1976, se produjo un golpe de Estado organizado por Jean Baptiste Bagaza, tutsi también, que prometió poner fin a las persecuciones de los hutus proyectando un nuevo modelo de la sociedad con el necesario equilibrio. En 1981, Bagaza proclamó una nueva Constitución marcada por una orientación socialista y una mayor personificación del poder. Esta orientación política fue seriamente criticada por la Iglesia católica, a la que se enfrentó el nuevo gobierno confiscando muchos de sus bienes. Ese deterioro de la situación política reforzó aún más los argumentos de los hutus de la diáspora, principalmente los establecidos en Europa, Ruanda y Tanzania, que unos meses antes habían fundado el Partido de Liberación del Pueblo Hutu (PALIPEHUTU), en cuya acta fundacional se denunciaba la política de discriminación emprendida por la elite tutsi y reivindicaba una democratización según el modelo ruandés de confiar la gestión del país a la voluntad mayoritaria.

En septiembre de 1987, mientras asistía a la cumbre de los países francófonos en Quebec, Bagaza sufrió un golpe de Estado que llevó al poder al mayor Pierre Buyoya (tutsi), también del Partido UPRONA.

Sin embargo, atraída por la ola de democratización en África, la población burundesa empezó a reivindicar estructuras más abiertas al pluralismo, lo cual obligó al gobierno a iniciar desde octubre de 1988 el proceso de reforma, nombrando a Adrien Sibomana (hutu) como Primer ministro.

Por otra parte, la UPRONA aprobó en diciembre de 1990 la Carta de la Unidad Nacional, la cual pretendía abolir la discriminación étnica y preparar una nueva Constitución plural, que fue sometida a referéndum en febrero de 1991 y adoptada en marzo de 1992. La nueva Ley Fundamental establecía la libertad de expresión y legalizaba el ejercicio del multipartidismo, siempre que los nuevos partidos no tuvieran una base étnica, regional o religiosa. En este contexto fue legalizado el Frente para la Democracia en Burundi (FRODEBU), principal partido de la oposición, creado en 1986 en clandestinidad por algunos refugiados burundeses que vivían en Ruanda.

El proceso democratizador culminó en las elecciones de junio de 1993, las primeras democráticas que ganó FRODEBU, convirtiendo a su líder Melchior Ndadaye en el presidente del país. Éste fue asesinado en octubre de 1993. Desde entonces, Burundi vive una inestabilidad política caracterizada por asesinatos y golpes de Estado a los presidentes hutus. En efecto, esta inestabilidad desembocó en el golpe de Estado del 25 de julio de 1996, que apartó a Sylvestre Ntibantunganya, propiciando la vuelta al poder de Pierre Buyoya. Esta situación ha generado también un importante flujo de los refugiados burundeses mayoritariamente hutus en las fronteras de Zaire y Uganda.

En Zaire, la situación económica es indescriptible con una inflación que alcanza el 10.000 por 100. El fracaso de la transición iniciada a comienzos de los 90 para instaurar un sistema político democrático ha agudizado la tensión social que se percibía ya. El enturbiamiento de ese proceso de transición por el propio presidente Mobutu decepcionó las expectativas de la población que, enfurecida, se echó a la calle en 1990 para saquear los centros comerciales y varias industrias productivas. Ante el peligro del estallido de la guerra civil, EE.UU., Francia y Bélgica constituyeron una troika para mediar entre Mobutu y la oposición y facilitar el proceso de transición.

La poca voluntad del presidente para cumplir con las solicitudes de diálogo con la oposición, formuladas tanto por la UE como por la troika llevó a la suspensión de la cooperación con la UE así como con EE.UU., Bélgica y Francia, países que solicitaron su aislamiento. El deterioro de las relaciones entre Bélgica y Zaire fue causado principalmente por la negación del gobierno de Zaire de autorizar una Comisión Internacional de Investigación sobre

las matanzas de estudiantes en la Universidad de Lubumbashi por parte de los cuerpos de seguridad presidencial.

La agudización de la crisis en la región de los Grandes Lagos

EL asesinato el 21 de octubre de 1993 de Melchior Ndadaye, primer presidente burundés (hutu) elegido democráticamente, el asesinato el 6 de abril de 1994 de Juvenal Habyarimana, presidente ruandés (hutu también), tras el derribo de su avión a punto de aterrizar en Kigali, la desintegración de Zaire después de una larga dictadura con una gestión política y económica que ha dejado el país sin infraestructuras sociales, ni carreteras, sin Estado,... eran signos precursores que debían atraer la atención de la comunidad internacional de que la región de Grandes Lagos se estaba convirtiendo en un polvorín.

En Burundi, la etnia hutu mayoritaria no podía tolerar el asesinato en poco tiempo (seis meses) de dos presidentes ambos hutus. En efecto, en el avión derribado sobre Kigali, viajaba también Cyprien Ntaryamira (hutu también) que había sustituido a Ndadaye asesinado. Y posteriormente, el golpe de Estado del 25 de julio pasado que derrocaba a Sylvestre (otro hutu) para dejar el poder bajo el control del coronel Pierre Buyoya (tutsi) no hizo sino alimentar más el odio entre la mayoría hutu y la minoría tutsi, siendo esta última la que controla y domina el ejército.

En Ruanda, el nuevo gobierno dominado por el FPR está bajo control tutsi, ya que es el vicepresidente y ministro de Defensa, Paul Kagame, quien tiene los verdaderos poderes frente al Pastor Bizimungu, presidente del país (hutu).

Por tanto, los tutsis (14 por 100 de la población), tanto en Ruanda como en Burundi, controlan los mandos del poder en ambos países aunque la mayoría de la población de esos países (85 por 100) es hutu. Este desequilibrio en el reparto del poder constituye uno de los importantes problemas que viven estos dos países. Los hutus no toleran que una minoría pueda controlar y dominar todos los circuitos del poder y del ejército al mismo tiempo que la minoría teme un poder dirigido por los hutus que la pueden eclipsar para siempre.

Trasfondo del conflicto entre Zaire y Ruanda e intereses implicados

COMO queda indicado arriba, la guerra de Ruanda provocó importantes flujos de refugiados hutus hacia Tanzania, Burundi y Zaire. En estos países, los organismos de ayuda a refugiados y las ONGs desplegaron esfuerzos para agrupar estos refugiados en campos donde debían recibir la ayuda humanitaria. Esta situación favoreció al presidente Mobutu, ya que rompió su aislamiento y facilitó una reanudación de sus contactos con los países occidentales interesados en la región.

Francia

FRANCIA tenía que contar con Mobutu para jugar su influencia en la región. La derrota de las tropas gubernamentales ruandesas y la caída del gobierno de Habyarimana suponía una pérdida de terreno para intereses económicos y culturales franceses. En efecto, el nuevo gobierno de FPR, refugiado varios años en Uganda —antigua colonia británica y de cultura anglosajona—, encabezado por Paul Kagame que pasó varios años en escuelas militares norteamericanos, está totalmente lejos de comprender el lenguaje de Francia para firmar acuerdos económicos. El hablar francés supone sustentar la cultura francesa en los sectores de la educación, las comunicaciones y telecomunicaciones de modo que todos los componentes materiales deberían proceder de Francia. En este sentido, se pueden potenciar los intercambios económicos y tecnológicos. Sin embargo, la llegada del FPR puede convertir Ruanda en un país anglófono. Además, la antipatía del nuevo gobierno hacia Francia crece aún más el considerar que este país ha estado durante varios años prestando un importante apoyo militar al presidente Habyarimana. Por consiguiente, con el FPR, se debilitan los pilares de la francofonía en Ruanda, mientras que Francia quiere potenciar esta Plataforma francófona ante el avance del inglés, el castellano y el alemán. Mobutu era la persona adecuada para recuperar el terreno perdido.

Por razones políticas, económicas y ecológicas, es lógico que después de la guerra se tenía que poner fin a los campos de refugiados. La comunidad internacional trató de poner en marcha una política de retorno de los refugiados ruandeses a su país. Pocos son los que lo hicieron. Muchos, una vez llegados, no se atrevieron por miedo de represalias. Conviene subrayar que en los propios campos vivían antiguos soldados de las tropas gubernamentales que perdieron la guerra, que no estaban dispuestos a dejar marchar a

los refugiados, ya que les servían de escudos humanos. Los refugiados que se atrevían a volver recibían amenazas.

Estos soldados se pusieron a entrenarse preparando un posible ataque al nuevo gobierno ruandés para forzarle al diálogo, a las negociaciones y a la formación de un gobierno de unión nacional que Zaire y Francia no dejaran de solicitar.

Ante esta amenaza, Ruanda ha adelantado el ataque para dispersar los campos de refugiados y hacer fracasar los planes de los soldados del antiguo ejército. El gobierno ruandés lo ha hecho disimulándose detrás de los tutsis banyamulenges establecidos en el Este de Zaire desde el siglo XVIII. Considerados como extranjeros en Zaire mientras que ellos se reconocen zaireños, y amenazados por los propios zaireños que siempre les han pedido que abandonaran su territorio, los banyamulenges no han dudado en hacer frente común con los soldados ruandeses infiltrados que combaten ahora no sólo para eliminar los campos de refugiados, sino también asentar a los banyamulenges en el territorio zaireño.

A pesar de todo lo que se dice actualmente de que, desde el fin de la guerra fría y el descubrimiento de nuevos mercados en Europa Central y del Este, África ya no interesa, hay que reconocer la persistencia de una lucha de los países occidentales por mantener o ganar áreas de influencia cultural que aseguren intereses económicos y apoyos políticos. La región de los Grandes Lagos es una de esas áreas donde están implicados principalmente cuatro países de Europa Occidental: Francia, Bélgica, Alemania e Inglaterra, a los que viene a aunarse EE.UU.

Bélgica

POR haber sido la potencia colonizadora de los tres países, Zaire, Ruanda y Burundi, Bélgica no quiere perder su influencia en la zona, aunque forma también parte de la francofonía. Más que un interés cultural, la presencia belga en la zona responde a un interés económico. Los largos años de colonización belga, que se inicia en 1920 en Ruanda, contribuyen a crear un tejido económico sustentado por empresas belgas. Las dificultades actuales en sus relaciones con el gobierno de Mobutu que tuvo que nacionalizar varias empresas belgas en Zaire, la ruptura de relaciones de cooperación con ese gobierno, obligaron a Bélgica a replegarse en Ruanda y Burundi. Su presunto apoyo a los rebeldes banyamulenges puede explicarse por el hecho de que, cansada de un gobierno corrupto que ha reducido considerablemente su influencia económica en Zaire favorecien-

do, al contrario, la consolidación de los intereses franceses, Bélgica necesita debilitar los pilares del poder de Mobutu y favorecer la formación de un nuevo gobierno que pueda privilegiar los intereses belgas en el país, sólo por el derecho de haber sido el país colonizador.

Alemania

ESTE país nunca ha olvidado sus lazos como primera potencia colonial en Tanganika (actual Tanzania), Ruanda y Burundi antes de que éstos pasasen a manos de Inglaterra y Bélgica respectivamente. Piensa abrirse también un área de influencia para suministrar productos de su economía.

Inglaterra

LA inestabilidad en Zaire, Ruanda y Burundi, países fronterizos de Uganda, Tanzania y Kenia –antiguas colonias británicas–, no puede dejar indiferente a Inglaterra. Es cierto, las dificultades que experimentan los primeros citados tienen sus repercusiones en estos últimos. La presencia de refugiados en Uganda y Tanzania puede convertirse en un foco de tensión y provocar un estallido de conflictos como el que se vive en el Este de Zaire. Por consiguiente, Inglaterra está atenta.

Estados Unidos

LA inclinación paulatina de Ruanda hacia la cultura anglosajona no puede dejar indiferente a los Estados Unidos en una región donde el tráfico de armas es intenso. Conviene subrayar que el nuevo ejército ruandés está actualmente adiestrado por oficiales norteamericanos.

Posibles vías de solución

LA crisis en la región de los Grandes Lagos era una situación previsible. Fueron varios los avisos sobre el posible estallido del conflicto en esta región, pero no se encontró una respuesta ni desde la ONU, ni la OUA, ni la UE. Resulta hoy que la diplomacia preventiva –uno de los pilares del Programa para la Paz de Butros Gali– no ha tenido éxito.

Para una solución eficaz y duradera de la crisis en la región de los Grandes Lagos, se debe analizar la situación desde una doble perspectiva: la perspectiva interna propia de cada país y la perspectiva regional.

Es muy difícil alcanzar la estabilidad regional si persisten las inestabilidades internas en cada uno de los países de esta región. Hoy, se está insistiendo en la creación de corredores humanitarios para facilitar el suministro de la ayuda humanitaria a los refugiados. Es una importante iniciativa, ya que ayuda a evitar otra catástrofe humana. Sin embargo, no se debe eludir la convocatoria de una Conferencia regional en la que participen todas las partes implicadas para plantear sus divergencias y buscar un consenso que satisfaga a todos. Uno de los problemas de fondo es la vuelta de los refugiados a sus países de origen. La Conferencia regional celebrada el pasado 5 de noviembre en Nairobi centró sus debates en este tema. Esta vuelta debe acompañarse con garantías serias y eficaces que han de asegurar a los propios refugiados ante las posibles represalias del gobierno tutsi.

Además, no se debe olvidar los problemas internos como la reanudación de los procesos de transición democrática y la formación de gobiernos que obtengan un amplio consenso de la población con partidos políticos más representativos. La falta de democracia y la permanencia de dictaduras perversas y retrógradas han terminado creando frustraciones en la población y alimentando las tensiones sociales. La lucha contra la pobreza y el subdesarrollo de África debe hacerse mediante la unión de fuerzas, la solidaridad y el consenso. Los países de la región de los Grandes Lagos necesitan esta sociedad consensuada. En este sentido, los hutus y los tutsis tienen interés en buscar un sistema político que garantice un equilibrio del poder y la participación de ambos en la gestión del mismo, porque este conflicto, más que étnico, es un conflicto por el control del poder.